

Lenguaje y creación: Los mitos sobre el origen del lenguaje y la cosmogonía.

Luz Aída Lozano Campos¹

¹ Universidad Nacional Autónoma de México UNAM.

Ciudad de México, México.

E-mail: luzaida@gmail.com

Resumen: En este trabajo exploraré la pregunta: ¿qué es el lenguaje desde la perspectiva mítico-religiosa? Tomaré como punto de partida tres mitos, donde el origen del lenguaje humano se remonta hasta la cosmogonía misma o emerge de una creación divina previa: guaraní, judeocristiano y banta. Mostraré que, desde la visión mítico-religiosa, a) el lenguaje tiene un fundamento trascendente en tanto capacidad de creación, b) la capacidad de “nombrar” es la acción creativa fundamental, c) el lenguaje humano surge de una ruptura con un lenguaje “puramente creativo” que le antecede, pero es también su posibilidad de resarcir el vínculo con la divinidad.

Palabras clave: lenguaje, nombre, mito, cosmogonía, origen del lenguaje

Abstract: In this paper I will explore the question: What is the language from the mythic-religious conception? I will use three myths that present the birth of human language at the cosmogony itself: the Guarani, the Jewish-Christian, and the Banta. I will explain that a) language is transcendental as it has the faculty of creation, b) the faculty to “name” is the fundamental creative action, c) human language is originated as a rupture with a previous “pure creative” language, and the only possibility of reconciliation with the divinity.

Key words: *language, name, myth, cosmogony, origin of the language*

Introducción.

En la comprensión de lo religioso “el lenguaje” juega un papel primordial. Según el filósofo Ernst Cassirer (1874-1945), en cuyo enfoque nos basaremos, es necesario comprender que la religión y el mito poseen su propio “lenguaje” en tanto son “formas simbólicas” de la cultura, maneras en que el espíritu humano instaura y elabora un universo para comprender el misterio del cosmos y para conocerse a sí mismo.

El lenguaje ha sido identificado a menudo con la razón o con la verdadera fuente de la razón, aunque se echa de ver que esta definición no alcanza a cubrir todo el campo (...) Porque junto al lenguaje conceptual tenemos un lenguaje emotivo; junto al lenguaje lógico o científico, el lenguaje de la imaginación poética. (Cassirer, 2006, p.48)

En la obra de Cassirer, la religión y el mito aparecen como lenguaje de la “imaginación poética”. El filósofo está consciente de que el discurso “oscuro” y ciertamente “ambiguo” de la religión representa un reto para las distintas disciplinas (antropología, sociología y filosofía de la religión). En los mitos, las divinidades pueden ser tan terribles como fascinantes, los héroes o dioses aparecen tan débiles como omnipotentes. ¿Cómo comprender e interpretar este lenguaje?

En su ensayo *Mito y lenguaje* (1973), Cassirer sostiene que en los propios mitos se ofrece ya una respuesta a la pregunta ¿qué es el lenguaje? Es decir, debemos comenzar por indagar en los mitos sobre el origen del lenguaje y en los mitos cosmogónicos (donde la palabra juega un papel decisivo) antes de imponerles nuestra propia concepción “lógica”, “semiótica” o “sociológica”. Es necesario explorar la concepción mitológica de la palabra, pues en los mitos mismos está la clave para interpretar y comprender la naturaleza del discurso religioso.

La importancia de la recreación y narración de los mitos en distintas culturas y la centralidad de los textos sagrados para varias tradiciones nos revelan que, para el hombre religioso, la palabra está lejos de ser solamente un instrumento de consenso o un medio eficaz de intercambio. Desde el punto de vista mítico-religioso el lenguaje es sagrado, es plegaria, oración, canto, alimento, confesión, reconciliación o evocación del origen. En los mitos, el lenguaje es un don cuyo fundamento trasciende la propia comunicación humana, don que hermana al humano con los dioses, dotándolo de la facultad divina de crear.

Mito guaraní: el fundamento trascendente del lenguaje humano

El mito guaraní “cosmogónico y antropogónico”, nos narra cómo, utilizando su vara insignia, el Creador hizo brotar llamas y tenue neblina, creando el lenguaje. Para formar un ser en el cual

depositar el lenguaje, la divinidad, el amor y los cantos sagrados, creó a los cuatro dioses (padres Ñamandu) que no tienen ombligo, quienes después enviarían a la tierra el alma de los hombres. Citamos un fragmento del mito:

Habiéndose erigido, de la sabiduría contenida en su propia divinidad, y en virtud de su sabiduría creadora, creó nuestro Padre el fundamento del lenguaje humano, e hizo que formara parte de su propia divinidad. Antes de existir la tierra, en medio de las tinieblas primigenias, antes de tenerse conocimiento de las cosas, creó aquello que sería el fundamento del lenguaje humano e hizo el verdadero Primer Padre Ñamandu que forma parte de su propia divinidad

Habiendo creado, en su soledad, el fundamento del lenguaje humano; habiendo creado, en su soledad, un corto himno sagrado, reflexionó profundamente sobre a quién hacer partícipe del fundamento del lenguaje humano; sobre a quién hacer partícipe del pequeño amor; sobre a quién hacer partícipe de las series de palabras que componían el himno sagrado.

Habiendo reflexionado profundamente, de la sabiduría contenida en su propia divinidad, y en virtud de su sabiduría creadora, creó a los Ñamandu de corazón valeroso, los creó simultáneamente con el reflejo de su sabiduría (el sol) (Briceño, 2006, p.14)

El mito guaraní se suma a aquellos que hunden las raíces del lenguaje humano hasta antes de la creación del hombre y le dan un papel central en la cosmogónico. Ernst Cassirer notaba ya el papel protagónico que juega la palabra en las cosmogonías resaltando cómo, en distintas tradiciones, el universo es un “himno sagrado”, la naturaleza entera está “cifrada” y es reflejo de la sabiduría divina. El destino del hombre será recrear y enlazarse con este lenguaje primigenio.

Entre otros ejemplos, Cassirer cita un Himno polinesio de la creación donde el mundo se origina cuando se trasciende el silencio, la mitología egipcia –donde la creación acontece por el corazón y la lengua de Ptah-, y el zoroastrismo –donde la creación es el resultado de la lucha entre Ahura Mazda (cosmos) y Angra Mainyu (Caos) que comienza por la recitación de Ahura Mazda, quien pronuncia las palabras de la Ahuna Vairya (oración santa). Por supuesto, hace también referencia al mito judeocristiano de la creación donde “en el principio era el verbo”.

Por su parte, el filósofo José Manuel Briceño Guerrero, encuentra esta misma presencia previa del lenguaje y su protagonismo en la cosmogonía en las comunidades africanas Abaluyia de Kavirondo y en los mitos de las etnias del grupo bantú. Señala también que en el Popol Vuh maya los dioses dijeron oraciones cuya resonancia se esparció dando luz a la creación, quedando toda ella preñada de su aliento (Briceño, 2006).

Ahora bien, el mito guaraní que arriba citamos es quizás el más claro al mostrar explícitamente que desde la visión mítico-religiosa el lenguaje humano se fundamenta en un orden que trasciende al hombre y le antecede, una Naturaleza divina de la cual también participa. Por otro lado, sugiere la creación como el reflejo de la sabiduría, una suerte de lenguaje “cifrado” puramente creador.

Como muchos otros mitos, el guaraní sugiere la existencia de un lenguaje que impregna la Naturaleza y le da un papel decisivo en la formación del hombre (sin la creación previa del lenguaje no hay hombre). El lenguaje aparece, pues, como el fundamento de la existencia humana y participa de la naturaleza divina.

Para Cassirer, el papel protagonista del lenguaje en los mitos cosmogónicos y antropogónicos tiene que ver con una experiencia fundamental del ser humano: esto es, el proceso de adquisición de la lengua. Mitos como el guaraní muestran a la creación como el reflejo de un lenguaje divino “instaurador” de realidad que crea al mundo llevándolo del caos (tinieblas) al cosmos. Este proceso, nos dice, es análogo al que vive el niño al adquirir la lengua, esto es, al “entrar” al mundo del lenguaje pasando de lo “prelingüístico” a un universo cargado de contenidos espirituales. El “hambre de nombres” que cada infante experimenta es la vivencia de la fuerza creadora de la palabra:

Si cuando está aprendiendo a hablar un niño no tuviera más que aprender cierto vocabulario (...) nos hallaríamos en un proceso puramente mecánico (...) Pero el hambre de nombres que aparece a cierta edad en todo niño normal (...) prueba lo contrario. Nos advierte que nos encontramos frente a un problema bien diferente (...) Cuando aprende a nombrar las cosas, no añade a una lista de signos artificiales su conocimiento previo de objetos empíricos acabados, más bien, aprende a formar el concepto de estos objetos, a enténderselas con el mundo objetivo. (...) Los primeros nombres de que hace uso consciente pueden ser comparados con un bastón con cuya ayuda un ciego se va abriendo camino (...) La seriedad y entusiasmo por hablar no se origina en un mero deseo de aprender o usar nombres; marca el deseo de detectar y conquistar un mundo objetivo. (Cassirer, 2006, p. 56)

Es importante resaltar que Cassirer defiende que el lenguaje no “reproduce” pasivamente una realidad dada sino que “instaura” el mundo objetivo. Se equipara a una energía espiritual que crea el mundo y le da un orden, pasando de las meras “impresiones”, al plano espiritual del “sentido” dotándonos de una orientación.

Para nuestro autor, el mito muestra análogamente la fuerza creativa del lenguaje con la cosmogonía entera. Así, la creación misma configura un himno en tanto ordena temporal y espacialmente el universo. La adquisición de la lengua en la particularidad de cada ser humano, es de alguna manera,

el correlato de la creación del cosmos. Por un lado, orienta y da un orden (Espacial y temporal) al mundo y, por otro, expresa la particular “forma de relación” con lo otro que caracteriza a cada cultura y que se da de un modo único en cada persona.

Consideramos que en el mito guaraní, el “fundamento del lenguaje” es justamente el orden del cosmos, el lazo entre las cosas. Orden que es un misterio para el hombre, pero al cual se puede acercar a partir de la recitación de la oración santa. Al igual que en otras tradiciones, la recitación del mito cosmogónico es necesaria para renovar y resarcir el orden sagrado de la naturaleza y poner en consonancia con el mismo el orden de la comunidad. Esta facultad de “crear” y de otorgar un orden subsana la búsqueda humana de “sentido”, de orientación en la totalidad de la vida. En el mito, la comunidad es creada simultáneamente para recitar el himno sagrado con el sol, reflejo de la sabiduría creadora. El sol, luz que da orden al tiempo y al espacio.

Cassirer resalta que en las cosmogonías, el sol y los símbolos asociados a la luz emulan el gesto creador, y en no pocos la palabra, la sabiduría o lenguaje divino, “alumbra” las tinieblas. En el mito guaraní, al igual que en el “fiat lux” (hágase la luz) del mito judeocristiano, el lenguaje se asocia a la fuerza que ordena y crea el cosmos.

El lenguaje encarna simbólicamente la oposición luz-oscuridad que, según nuestro autor, es la base de nuestra orientación en el mundo, tanto temporal como espacial. La vivencia del “tiempo” se nos da precisamente por la sucesión entre la noche y el día, y es en el claro del día que las cosas se distinguen y ordenan en el espacio. El mito equipara la aparición de la palabra con un acto anterior al ser humano del que, se cree, surge el movimiento y el orden total de la Naturaleza. Vemos, pues, que el mito relaciona el propio acto humano de nombrar-crear y dar sentido a través del lenguaje, con el gesto primordial que dio origen al cosmos.

Esta “correspondencia” entre el acto creativo primordial y el lenguaje humano se hace evidente cuando mostramos que en las culturas antiguas la narración del mito podía “despertar”, y no solo recordar, el momento de la creación del mundo. Para el mito, efectivamente, el modelo del lenguaje humano es el lenguaje oculto de la creación y ambos participan de la esencia divina. Narrar es recrear (Steiner, 2003). El lenguaje es sagrado porque la fuerza creativa y orientadora de la palabra tiene sus raíces en una esfera trascendente, en la aparición de la luz, en el origen del tiempo y del cosmos.

Podemos afirmar también desde el mito guaraní y a partir del pensamiento de Cassirer, que en la concepción mítica del lenguaje está detrás de esta idea: el lenguaje y la comunicación entre los seres humanos –en este caso entre los Ñamandú (padres de la comunidad)- tiene su fundamento y origen en la comunicación divina entre las fuerzas y criaturas de la Naturaleza. El lenguaje es la

posibilidad de comunicarnos con los dioses (pues es de naturaleza divina) y a la par, es la clave para hacer del orden de la comunidad un reflejo del orden trascendente. Es decir, “re-anuda” al ser humano con los dioses y teje a su vez los lazos entre los hombres.

El mito judeocristiano y el acto de nombrar-crear

En la tradición judeocristiana, la creación surge del “verbo” divino y está preñada de él. En el Evangelio de Juan, aparece en plenitud la concepción mítica religiosa del lenguaje, según la cual, ésta proviene de una esfera trascendente que antecede al hombre.

En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron. (Juan, 1-4, Reina-Valera)

Ahora bien, es esta palabra el “aliento” que Dios “insufla” al hombre para darle vida y, simultáneamente, otorgarle la facultad de “nombrar”. “Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente.” (Gènesis, 2:7, Reina-Valera)

El papel del lenguaje para la tradición judeocristiana rebasaría en mucho los límites de nuestro trabajo. No obstante, lo retomamos para explorar un aspecto fundamental. Esto es, el papel del “nombrar” en la concepción mítico-religiosa de la palabra.

Es una constante en distintas culturas que el “nombre” sea una forma de “traer a la presencia” al objeto o que represente la posibilidad de influjo sobre el mismo. Desde prácticas tan cotidianas como el no pronunciar el nombre de un difunto para no molestarlo (o decir “que en paz descansa” inmediatamente después) hasta en los rituales de iniciación donde ocurre un auténtico “cambio de nombre” y de alma, se observa la gran diferencia entre nuestra concepción del “nombre” como referencia al objeto y la concepción religiosa del mismo.

El mito judeocristiano nos permite explorar el carácter sagrado del lenguaje, pues muestra la capacidad de nombrar como una misión consustancial al ser humano, esta es, hacer partícipe a la creación material del aliento divino espiritual.

Ernst Cassirer retoma del filósofo y antropólogo Hermann *Usener* (1834-1905), que las claves para comprender el lenguaje en su naturaleza “creativa y no reproductiva” se nos revelan al analizar el

acto de nombrar. Es ahí donde encontramos la esencia de la palabra que llevó a los distintos pueblos a elevarla a la esfera de lo sagrado.

Cassirer observa que el *homo religiosus* no da al lenguaje un papel “referencial” sino “mágico” o “evocativo”. Para él, los mitos nos revelan que el acto originario de “nombrar” no surge de la “abstracción” de cualidades acabadas del objeto, sino de un “acontecimiento” o “instante” sobrecogedor donde se hace necesario “traer un objeto al mundo cultural, al mundo espiritual”.

Así, el filósofo sugiere que el nombre surge de la necesidad de “separar” un “acontecimiento” del fluir cotidiano para “elevarlo” a otra esfera, la esfera de “lo sagrado”. El autor no repara en decir que los primeros nombres fueron una suerte de “revelación de la totalidad en el instante”. “Sólo aquello elegido entre el flujo uniforme de las impresiones sensibles recibe un nombre.” (Cassirer, 2006, p.60)

De ahí el carácter sagrado del nombre, que nos abre la posibilidad de “expresar”, “evocar” o “traer al mundo” no un objeto “preconcebido” sino un instante de revelación. Así, la función originaria del lenguaje que se manifiesta en el acto de nombrar, no es la abstracción sino la “expresión” y “creación” de un objeto para su evocación. El nombre expresa este misterio en toda su ambigüedad, volviéndolo a cifrar.

Ahora bien, para enfocarnos en el papel específico que tiene el acto de “nombrar” en el Génesis nos apoyaremos en Walter Benjamin y su enigmático ensayo *Sobre el lenguaje en general y el lenguaje de los hombres*. En él, el filósofo se centra, precisamente, en el “lenguaje nominal”.

Benjamin plantea que el Génesis nos abre a una comprensión del lenguaje que trasciende cualquier concepción burguesa o reduccionista que ve en la palabra solo un “medio” de intercambio de significados acabados.

El filósofo comienza apuntando que el Génesis nos muestra que la comunicación trasciende al orden de lo humano. En tanto son creaciones divinas, todas las criaturas están preñadas del verbo y “comunican su ser espiritual”. La naturaleza está cifrada y emite el lenguaje de Dios.

No hay acontecimiento o cosa en la naturaleza animada o inanimada que no participe de alguna manera de la lengua, pues es esencial a toda cosa, comunicar su propio contenido espiritual. (Benjamin, 2008, p.134)

De entre las criaturas, el hombre es quien recibe el “aliento divino” que le hace posible comunicar su ser espiritual de un modo especial. Esto es, a través del lenguaje.

Benjamin interpreta del mito que lo propio del hombre es “nombrar”, descubrir en los demás seres su propia naturaleza divina. Al nombrar, el hombre traduce a su mundo espiritual (abierto, libre e indeterminado), el ser de las cosas materiales (determinadas). El ser humano está destinado a “dar voz” al misterio de la naturaleza liberándola de su propio silencio. Nombrar es reactualizar el acto de creación.

De alguna manera, el lenguaje humano es la reanudación del vínculo con Dios, papel que es consustancial al hombre. El mito judeocristiano nunca deja de lado que cada acto creativo o poético, respira el aliento primordial. En el nombre revive en aliento divino. En una interpretación del Génesis, nos dice el místico Jakob Böeme:

Cada acto creativo de la palabra se anima en el aliento primordial, en el “verbo” de Dios. La palabra eterna, o sonido divino, o voz, que es un espíritu, con ocasión del engendramiento del gran misterio se introdujo en las formas creadas lo mismo que en una palabra pronunciada o sonido; e, igual que la alegre música se encuentra en sí mismo en el espíritu del eterno engendramiento, así también el instrumento se encuentra en sí mismo en cuanto forma articulada que la voz viva guía y pulsa con su propia eterna voluntad espiritual hasta que suena y resuena, lo mismo que un órgano de muchas voces es accionado por un soplo único, de tal manera que cada una de estas voces y cada uno de sus tubos, da su propio tono. (Benjamin, 1960, p. 137)

Mito banta: el lenguaje como transgresión y reconciliación.

El lenguaje también aparece, en otras mitologías, en su aspecto negativo: como mentira u ocultamiento de las intenciones del hombre. Si bien es nuestra posibilidad de “crear” al igual que los dioses, nos permite también la mentira. Como los dioses, la fuerza creativa del lenguaje puede ser benigna o nefasta. En el mito banta que resumimos a continuación –recopilado por el filólogo Sir. Lars MacOwen-, el lenguaje humano es el resultado de una transgresión que llevó a la comunidad a la pérdida de un código previo transparente y puro. Sólo en tanto oculta algo o posee sentimientos perturbadores, el ser humano necesita del lenguaje para mediar en su interacción:

En los tiempos antiguos, los seres humanos no conocían ni necesitaban del lenguaje, pues unos a otros podían verse el *pashka* (vocablo banta que significa tanto “mente” como “alma”).

Pero con la llegada de los *chubb-baká*, los cuatro pecados, los cuatro defectos del alma y de la mente, se introdujo el lenguaje entre las tribus bantas. Los cuatro pecados, considerados por los bantas como el origen de toda pena y dolor humanos, son el odio (*sit*), la crueldad (*boshuda*), la traición (*pudju*) y la venganza (*jango*).

El origen de los cuatro pecados (y a su vez, del lenguaje) se encuentra en la historia de un joven, Tak y una muchacha, Iza: Cuando Tak e Iza se encontraron por azar caminando entre los platanales, él quiso hacer el *meboshka* (*acto sexual*), pero ella, al ver las intenciones del joven en su *pashka*, sintió rechazo hacia él. Ninguna mujer había rechazado antes a un hombre, al percibir el rechazo en el *pashka* de Iza, se perturbó y sintió un dolor (*aiika*) desconocido hasta entonces.

El caso es que Iza vio el dolor que su rechazo causó en el *pashka* de Tak y sintió gran compasión por el joven, que a su vez pudo ver este sentimiento en el *pashka* de ella y sintió vergüenza que después se transformó en odio. Así comenzaron los *chuub-aiika-sin*, los cuatro días de dolor. Por cuatro días, ambos jóvenes miraron sus *pashkas* mutuamente. Al ver el odio en el *pashka* de Tak, Iza sintió un profundo dolor. Tak se dio cuenta de que su odio causaba dolor en el *pashka* de Iza y se sintió complacido. Así nació *boshuda*, la crueldad.

La comunidad de Tak no soportaba ver su *pashka*, y Tak se sentía como un monstruo rechazado. Tampoco soportaban el *pashka* de Iza, lleno de dolor. Esto hizo crecer el odio de Tak, quien secuestró a Iza y la llevó a la cima de la pirámide central de la aldea donde la violó hasta hacerla sangrar. El horror cundió entre los banta. El *pashka* de ella se llenó de odio, y con sus últimas fuerzas se abalanzó sobre Tak y lo arrojó de la pirámide. El cuerpo de Tak se destrozó, e Iza, al darse cuenta de que ella misma se había convertido en un ser monstruoso, derramó una última lágrima y expiró.

Los miembros de la aldea que presenciaron la escena se llenaron de horror y pesar

Todo se volvió miedo y sufrimiento en los *pashkas* de los seres humanos, así que todos huyeron por su cuenta y se escondieron en las selvas. Danago (dios primigenio) se compadeció de los seres humanos y les dio a todos el poder de ocultar su *pashka* y de quedar ciegos a los de los otros. Pero para que pudieran volver a trabajar juntos y compartir sentimientos, Danago les enseñó el lenguaje, que permitía a los hombres y a las mujeres comunicar lo que necesitaran, pero sin exponer su *pashka*.

El lenguaje produjo mentira y desconfianza entre los humanos, pero Danago prometió que el día en que cada uno aprendiera a borrar de sus *pashkas* el odio, la crueldad, la traición y la venganza, con sus consecuencias, el dolor, el miedo, la desconfianza y el rencor, ya no sería necesario el lenguaje y volverían a abrir sus *pashkas* y a estar juntos. (Cárdenas, 2015)

Tal vez esa comunicación absolutamente transparente que el mito muestra como perdida, tiene su modelo en la naturaleza misma o en un “lenguaje puramente creador”. Así, el lenguaje humano surge de un verdadero quiebre o herida, de una violación de este código que le antecede.

Lo que ahora queremos resaltar es precisamente este acto de “ruptura” con la comunicación “pura” de la creación que tal vez está presente en otros mitos que explican el alejamiento del lenguaje de los dioses (pensemos en la pérdida del paraíso que, según Benjamin, convirtió el lenguaje en “juicio”).

Pero resaltamos también que, el mito banta concibe el lenguaje como un regalo divino que, en tanto tal, nos une al dios primigenio. Su misión será mantenernos juntos a pesar de la “naturaleza” transgresora de nuestro ser. Este mito resalta la polaridad del lenguaje, que se muestra por un lado como el ocultamiento de un acto monstruoso, nótese que el “pecado” se origina para esta comunidad en la “intencionalidad” de los actos y en poder ver la misma. Pero por otro lado la palabra aparece como una dádiva divina que nos permite estar juntos y se vislumbra la posibilidad de limpiarnos de malos sentimientos como única forma de resarcir la “transgresión” y reconciliarnos con nuestra naturaleza divina. Así, el lenguaje es también el remedio, la promesa del retorno a aquel horizonte perdido.

Conclusiones .

El lenguaje nos hace partícipes de lo divino y fue elevado, desde distintas religiones a la esfera de lo sagrado, pues los pueblos intuían su naturaleza creativa y no reproductiva. Esto es, su poder de “dar ser” al objeto y, sobre todo, de otorgarle un significado y encontrarle un orden en el mundo. El lenguaje es el hallazgo y búsqueda de sentido.

Los mitos cosmogónicos y antropogónicos parecen tener claro que el lenguaje no es una “invención” humana sino una “dimensión de lo humano”. El nombre, prototipo del lenguaje humano, nos muestra que el lenguaje no es la abstracción de cualidades acabadas del objeto, sino la evocación de un acontecimiento de “sentido” donde el ser humano “trae a su mundo” un objeto que le revela algo de sí mismo y le aísla del fluir cotidiano.

Hay, para los mitos, un lenguaje allende al nuestro, una comunicación entre los seres que nos sirve como modelo. Nuestro lenguaje es una “ruptura” con este código, pero también nuestra posibilidad de resarcir nuestro lazo originario con el todo.

El prototipo de la función religiosa o mítica de la palabra, lo encontramos en la creación poética donde cada acto del lenguaje es la renovación la creación, su aparición bajo una nueva luz. Se nos revela una dimensión del lenguaje donde lo primordial no es la explicación exhaustiva del objeto, sino la evocación de un misterio que permanecerá cifrado en su nombre. Cito al poeta, Vicente Huidobro:

La poesía es el vocablo virgen de todo prejuicio; el verbo creado y creador, la palabra recién nacida. Ella se desarrolla en el alba primera del mundo. Su precisión no consiste en denominar las cosas, sino en no alejarse del alba. (Huidobro, 1921) **P**

BIBLIOGRAFÍA:

BRICEÑO, Juan Manuel, 2006, *El origen del lenguaje* (Venezuela, Universidad de los Andes).

BENJAMIN, Walter, 2008, “Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres” en *Ensayos escogidos*, (México, Ediciones Coyoacán).

BÖHME, Jakob, 1960, “De signature rerum”, citado en Benjamin, Walter, *El origen del drama barroco alemán* (Madrid, Taurus).

CÁRDENAS, Johan Daniel, *Teorías sobre el origen del lenguaje*, Universidad Nacional Federico Villareal, en DocSlide, consulta diciembre 2015, <http://myslide.es/documents/teorias-sobre-el-origen-del-lenguaje-humano.html>

CASSIRER, Ernst, 2006, *Antropología filosófica* (México, FCE).

CASSIRER, Ernst, 1973, *Mito y lenguaje* (Buenos Aires, FCE).

HUIDOBRO, Vicente, *Poesía*, Huidobro Universidad de Chile, Conferencia dictada en Madrid en 1921, <http://www.vicentehuidobro.uchile.cl/manifiesto2.htm> (Consulta el 31 de julio de 2015).

STEINER George, 2003, *Lenguaje y silencio* (Barcelona, Gedisa).

Recibido: Agosto 2018. Aceptado: Noviembre 2018